

Fermín Castro

LOS ENIGMAS  
OCULTOS DE  
SHAKESPEARE



Ediciones Corona Borealis

LOS ENIGMAS OCULTOS DE SHAKESPEARE - Fermín Castro

© 2016, Fermín Castro

© 2016, Ediciones Corona Borealis

Pasaje Esperanto, 1

29007 - Málaga

Tel. 951 088 874

[www.coronaborealis.es](http://www.coronaborealis.es)

Maquetación editorial: Georgia Delena

Diseño de cubierta: Sara García

[www.maquetacionlibros.com](http://www.maquetacionlibros.com)

Primera edición: Abril 2016

ISBN: 978-84-943585-5-5

Depósito Legal: MA 326-2016

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

*¿Sabéis qué es el drama?  
Pues el drama es el mismo poeta colocándose  
en el lugar del destino.*

Víctor Hugo



# Índice

Estampas de la vida del más grande dramaturgo.....	9
I. Cronología comparada.....	47
II. Biografía .....	55
III. Frases célebres.....	85
IV. Actrices .....	89
V. Actores .....	101
VI. Historia del teatro isabelino.....	109
VII. Arte.....	117
VIII. Música.....	123
IX. El Misterio de su identidad .....	127
X. Argumento y resumen.....	141
XI. Grandes personajes.....	169
XII. Cine .....	179
XIII. Comic .....	269

XIV. Shakespeare en España .....	271
XV. El misterio de los sonetos .....	277
XVI. Shakespeare ante la crítica.....	283
Notas bibliográficas.....	291



Se abre el telón.  
Estampas de la vida del más  
grande dramaturgo.





# ESTAMPA PRIMERA

## El puente de Stratford

EL CIELO MUESTRA girones de nubes de color negruzco, el sol flota entre ellas pálido. Como si fuera un astro tímido.

Abajo la actividad soñolienta de la pequeña ciudad de provincias se ve inquietada por la llegada de un carromato tirado por un par de bueyes. La carreta lleva un tejadillo de madera pintado de rojo. En el vértice de la cornisa, agitada por el viento, flamea una bandera con una heráldica P sobre fondo amarillo. La cabina tiene una ventana de arco gótico por la que asoman el extremo de una pértiga con lazos de colores anudados, lanzas, y más banderolas amarillas. Se detiene en un extremo del puente. La flanquean cuatro hombres que caminan a los lados de la carreta, otros dos está montados en el prestante. Uno de ellos baja del prestante de un salto, ha tomado un palo alargado que termina en una protuberancia envuelta en papel grueso de la que cuelga un cordón o mecha. Los lugareños que han seguido a la compañía en las últimas leguas se detienen expectantes detrás. Lo veís allí, sonrientes, con sus zapatos de madera, y ropas de campesino, algunos se han quitado el sombrero respetuosamente. Sus miradas brillantes lamen cada detalle que se entrevé del carromato. En el otro extremo del puente se han congregado una buena cantidad de paisanos presididos por el alcalde. Este se adelanta unos pasos, John Shakespeare es un próspero comerciante de lana y guantero de prestigio, es uno de los hombres más admirados de la ciudad. Aunque las malas lenguas le señalan como católico, él mantiene que es fiel la reina y devoto anglicano. Da unos pasos y va murmurando unas palabras mientras se ha descubierto su sombrero con pluma de faisán que sólo se pone en los días solemnes.

«Es un honor para la ciudad de Strafford dar la bienvenida a la compañía de actores del conde de Worcester».

Murmura para sí. Un nuevo paso y vuelve a murmurar las frases que ha preparado para dar la bienvenida, lo suyo no son las palabras, eso es de su hijo como bien saben ya en la aldea pero es el alcalde y se espera una actitud acorde.

—Es un honor —comienza a pronunciar cuando es interrumpido.

En ese momento el caballero que lleva el palo aparta la pipa de su boca y con ella prende la mecha. Inmediatamente la mecha chisporrotea desprendiendo diminutas chispas y se produce un sonido sibilante muy fuerte, la bola que se encontraban sujeta al palo sale despedida por encima de los congregados y cuando ha subido unas decenas de metros estalla en un estruendo fuertísimo. Algunos hombres se lanzan al suelo, a lo lejos se escucha un caballo que escapa a galope relinchando alocado; decenas de perros aúllan y corren despavoridos por las callejas de la ciudad.

Uno de los cómicos, el más anciano se ha cubierto el rostro con una máscara de color blanco y negro, un trozo de boca sonríe la otra llora haciendo del rostro una faz perturbadora y grotesca. Lleva una capa de color ámbar veteada de blanco y porta un bastón con una piedra de color azul en el mango.

Suena un tambor que otro de los actores se ha colocado en el cinturón, ¡boom, boom, boom! retumba con la solemnidad de una misa. Otro toca una trompeta y entona una fanfarria.

—Pueblo bendito de Stratford, queridos ciudadanos libres, súbditos de nuestra amada reina Isabel I, ¡Salud! Al salir de Londres, por los tristes motivos que ya conocéis, por las terrible noticias que todos hemos sentido, por esa calamidad del infierno que el buen Dios nos es envía para purgar nuestros pecados, en fin huyendo de la peste preguntamos a los más sabios de la corte qué ciudad era la más hermosa del sur de nuestra bella isla, Stratford dijeron. Qué ciudad es lo suficientemente alegre como para disfrutar de las bellezas de la vida, de la alegría de la música, de los placeres de la danza, Stratford, dijeron. ¿Y qué ciudad es lo suficientemente inteligente como para apreciar una divertida comedia? Stratford dijeron todos.

Hizo una pequeña pausa. Se acercó al alcalde.

—Este distinguido caballero debe ser el gobernador. Excelencia la compañía los Hombres del conde de Worcester nos ponemos a su servicio humildemente.

—No, yo, sólo soy, no, sólo soy el alcalde

—Y bien mi señor. ¿Qué desea esta apacible ciudad? ¿Una comedia para reír?

Y diciendo esto se pone de perfil dando su lado en el que la máscara sonríe

—¿O prefieren sus gracias y bondades, una obra para llorar?

Y dando un brinco se gira dando a los ciudadanos el perfil de color blanco que la boca se retuerce en penar

—Pero no temáis, el teatro es inmortal. Cada día morimos y cada día renacemos. Cada día es felicidad y cada día una tristeza. Porque el mundo es un gran teatro y nosotros somos el teatro del mundo.

Da un nuevo brinco y se acerca a una jovencita que por su belleza sobrepasa de entre las del grupo de gentes que se agolpan entorno.

—¿Acaso desean los señores una pieza de amor? ¿Esa herida que cupido a todos infringe aunque sea una sola vez en la vida?

Y apunta con su bastón hacia la chica que se ruboriza y esconde la cara entre sus manos no tan finas y delicadas como su rostro parece indicar. Manos curtidas en el trabajo desde su infancia.

—¿O quizás prefieran una obra de batallas y duelos, de encarnizados combates, de luchas entre las peñas del destino, o en la borda de un galeón luchando a brazo partido con los pérfidos españoles?

Y mientras declama esgrime su bastón y comienza a dar estocadas a imaginarios enemigos con una fuerza y energía que sorprende a todos.

—Duendes, y brujas, demonios y ogros, hadas y princesas, santos y ... santos pues nunca se ha sabido de la existencia de una virgen en nuestra época

Los hombres estallan en burdas carcajadas, algunas mujeronas hacen agitar sus caderas. Y de entre el gentío se escuchan algunas frases malsonantes.

—De todo hay en la viña del señor —grita una mujer vestida de negro y con rostro avinagrado. Es una puritana, cada año su número aumenta.

—Sí, pero pronto llega la época de vendimia —le responde un hombre de rostro sano y de nariz colorada como consecuencia de regar el gznate mañana, tarde y noche con buen vino.

Nuevas carcajadas irrumpen.

En el centro sigue el pobre alcalde que ríe a destiempo las ocurrencias de sus paisanos. Y que sigue murmurando quedamente su tan trabajado discurso.

—Elijan queridos súbditos, amantísimo descendientes de Adán. Somos honrados actores con licencia, venimos de triunfar en la capital, hemos representado ante los más augustos personajes de nuestro tiempo.

Con teatral ademan se coloca formando una curva praxisteliana con su cuerpo y apoyando graciosamente ambas manos en la empuñadura azul del batón.

—El mundo es la máquina de nuestro señor, aquí rige la reina y somos sus súbditos. El cielo se agita a nuestra llegada, somos la voz del arte y la farsa. El eco de lo antiguo y el resplandor de lo moderno. Por primera vez en esta ciudad tan bella. Los sueños, por primera vez, se materializaran ante vosotros y viviréis, sí viviréis las aventuras que tengáis a bien contratar. Y conociendo como conozco al señor gobernador, no permitirá que sea un simple número, el más barato como el que esos catetos del pueblo de al lado contrataron por su tacañería, ¿qué se puede esperar de Evesham si son uno paletos! ¡Ah! Bien se lo decía yo a mis compañeros, hermanos actores. No nos detengamos en semejante tugurio, continuemos hasta la bella ciudad de Stratford habitada por personas de mundo y amantes del arte. ¿Y bien señor gobernador qué me decís?

El anciano actor se acerca con donaire al alcalde y extiende su mano.

El alcalde deja de dar vueltas al sombrero, traga saliva. Ya habían tenido una reunión con los otros concejales y miembros de la corporación y habían decidido gastar la misma cantidad que los de la vecina ciudad de

Evesham pero ahora no podía hacer lo mismo sin caer en un agravio. ¿Acaso no era el alcalde?, pues bien decidiría lo mejor para la ciudad y lo mejor era desde luego superar en lo posible a eso catetos de Evesham.

—Por supuesto que queremos un buen espectáculo, siempre y cuando se guarden las formas de la cordialidad y el buen gusto y se mantenga el amor a nuestra reina por encima de todo. Que cuando regreséis a la capital todos sepan donde habitan súbditos generosos y honrados y pagados de ser buenos súbditos de su reina majestad.

El atropellado discurso del alcalde provoca el estallido de aplausos de sus paisanos y algún rostro avinagrado de los concejales y miembros de la corporación. Muchos de los vecinos se acercan al alcalde y lo suben en volandas, otro tanto intentan hacer con el viejo actor que sonrío ampliamente aunque queda oculta por la máscara. Sus compañeros añaden música y fanfarria al momento. Si todo sale bien llenaran la barriga durante unos días y tendrán acomodo en un lugar seco y limpio. Cobrarán una buena bolsa que les permita vivir un mes o quizás más. Además hay algunas buenas mozas, y otras a las que de noche tan poco se les hace ascos. No es la primera vez que un actor fecundo fecunda a alguna campesina descuidada. El anciano actor pide que lo dejen en el suelo, que debe decir unas palabras más.

—¡Querido público de Stratford! las estrellas que iluminan estos cielos serán testigos del gran espectáculo que se representará en esta bella ciudad. Y hasta los ángeles descenderán curiosos a contemplar la función. Así que al levantarse el telón, mirad con atención pues cerca de vuestro quizás algún ciudadano del paraíso este cerca.

Diciendo esto la fanfarria enmudece y los actores y músicos se alinean con su compañero y todos al unísono realizan una palatina reverencia.

Los aldeanos irrumpen en sonoros aplausos, algunos se adelanta a estrechar las manos de los actores, otros les regalan frutas y viandas; las mocitas se dejan ver por las miradas de los actores más jóvenes y las mujeres sonríen con unos ojos como ascuas.

Los niños y mozalbetes del pueblo dan saltos de alegría, gritan que quieren ver más fuegos de artificio, que empiecen ya a realizar las danzas y

bailes y combates. Sólo uno de entre ellos permanece en un silencio tenso. Sus manos tiemblan, y de sus ojos brillantes se derrama una especie de lágrima. Memoriza la forma de andar, las notas de música, y sobre todo la cadencia y entonación del anciano actor. Advierte como dentro de su cuerpo vibra la cuerda de su alma. La armonía interna de su sensibilidad ha encontrado su acompañamiento. Nota una especie de atracción vivificadora en las palabras y ademanes que el viejo actor ha desplegado en mitad del puente. El estallido de emociones dura unos instantes, como si despertara de un letargo se une a sus amigos y los acompaña en el griterío festivo. Dentro de su corazón una llama ha prendido, en pocos años se transformara en un incendio colosal que sigue alumbrándonos siglo a siglo.

## ESTAMPA SEGUNDA

### King's New School

LA NOCHE MANTIENE sus últimos girones de su imperio. Las nubes escapan en su imperecedera huida de entre las uñas montañosas; un perro ladra en un campo lejano; unos hombres aquí y allá cavan en sus ojos nuevas luces; un buey muge al serle colocada la yunta; los viejos gallos compiten en cacareo con los jóvenes ahítos de sexo. El maestro de escuela abre las puertas de la clase en el segundo piso del ayuntamiento donde se ubica la escuela. Hace hueco con sus manos y se acerca los dedos angulosos a la boca. Sopla fuerte, da algunos taconazos en el suelo de madera en un intento por ahuyentar el sueño y el frío. La estufa ha prendido pero por ahora descorazona astillas en busca de calor, el humo no apacigua el gélido y residual hastío de las desnudas paredes.

Un murmullo soñoliento sube por las escaleras, los chicos y chicas de Stratford suben por las escaleras, un nuevo día para la ciudad que despierta. Entran diciendo buenos días de forma lo más solemne que pueden, arrastran el olor de sus hogares: trazas de avena, pan tostado, huevos y mermelada.

Todos de píe entonan un *Te Deum*, luego piden a Dios por la reina y por sus ministros y consejeros, van bajando en la escala social y sus bendiciones van a reparar a los honrados concejales que gobiernan la ciudad y por último a sus padres y muertos por los que se dejan la petición en último lugar para que sus nombres estén más cerca del amen que cierra con broche de hierro y bronce la sumisa plegaria infantil.

Las luces encendidas otorgan a la habitación una pálida luz amarillenta, asoma por las ventanas un resplandor purpura, el sol nuevamente ha vencido a la triste y solitaria noche y con sus rasgados mensajeros áureos anuncia un nuevo milagro. Amanece.

El señor James Wisctehernes es un hombre de unos treinta años, huesudo y estirado. Viste un traje ajustado y algo gastado, de color negro con una divisa en hilo de oro con el escudo de Oxford.

—Buenos días, ayer os pedí que estudiarais en casa, se acerca la fecha del jubileo de la reina y debemos tener preparados los discursos sin una sola mácula. ¿Bien? Abandonamos por un tiempo la gramática de Lyly y repetiremos una y mil veces los versos que hemos preparado para que todo salga bien, y vuestros padres se sientan orgullosos de vosotros.

—Con esos versos seremos capaces de dormir a un rebaño de ovejas

La voz ha salido solapadamente, oculta entre los dedos que tapan una joven boca, pero no lo suficiente. Los alumnos mayores dejan escapar risitas, también ocultándolas entre las manos o fingiendo toses y estornudos.

—Ayer maese William ya dejó clara su postura y su opinión sobre los versos elegidos. Creí que habíamos dejado el asunto zanjado. Pero creo que una vez más me he dejado llevar por mi buen corazón...El avinagrado William, el desagradecido William, el orgulloso William cree que está por encima de todos nosotros. Su pecado no sólo es de desobediencia, si así fuera quizás, dejándome llevar por mi buen corazón, no lo castigara, pero no puedo permitir, mi conciencia lo impide que un joven a mi cuidado crezca enraizado en el pecado del orgullo y la soberbia. ¡William!

—Sí señor maestro.

—Sus comentarios están fuera de lugar, acérquese.

El maestro aprieta los dientes y aunque sus palabras son contenidas la rabia se apodera de cada sílaba como si fuera un veneno veneciano.

—Yo no he sido, señor.

—Y añades a todas tus faltas el pecado de la mentira. ¿No vienes? Ya que no os movéis, y como se dice en la Sagrada Escritura el castigo siempre llega...



Resopla el maestro mientras recoge de la pared una vara de sauce. La sostiene entre sus manos como si sostuviera algo poderoso, casi sagrado. La vara está ennegrecida y grasienta. La enarbola y la agita con furia. El aire silba al ser cortado por la vara. Con pasos premeditadamente lentos, sin parar de lanzar latigazos furiosos al aire se acerca a un joven de las últimas filas. Se hace un silencio espeso. Las risas han cesado. Todos han probado alguna vez la picadura de la vara y saben del dolor lacerante que provocan.

—Señor, ya que me habéis acusado y sentenciado sin posibilidad de defensa alguna. Permitid que elija al menos la mano que ha de recibir vuestras recomendaciones.

—¡Y eso!, Sí, ¡eso otro!, esa manía de esgrimir las palabras como si fueran estoques, ¿tan estúpidos nos creéis? Yo soy doctor en teología y maestro de retórica y

—Y dais clases muy lejos de Londres señor. Muy lejos queda Oxford. ¿Acaso no os echan de menos en aquellos cultos lares?

—Bien sabe Dios que si no fueras hijo de tu padre...

—Soy hijo de mi madre señor, que es la única verdad que podemos afirmar todo hombre y toda mujer en este dichoso mundo.

—Extended las dos manos. Vamos a ver quién sigue riendo.

—En verdad que sois un hombre generoso a la hora de repartir vuestra bondad señor académico.

La vara cae con la furia de un demonio.

El sol está radiante en todo lo alto del cielo. Los niños juegan a lanzarse una pelota de trapo. Las niñas visten y desvisten mazorcas pintadas. Una niña de unos doce años se acerca a William que permanece en la puerta del edificio del ayuntamiento. Durante toda la semana tiene prohibido sumarse a los juegos.

—¿Te duele?

—No es nada comparado con el sufrimiento que me produce leer sus versos fritos y declamar sus rimas de estercolero. Una gallina cacareando

mientras defeca crea más poesía que ese estúpido académico. Todos sus títulos, sus estudios universitarios... ¡Un gusano es capaz de crear un pa-reado mejor que

—Eres muy raro William —le interrumpe la niña.

La chica le coge las manos. William a su pesar deja escapar un gemido de dolor

—Mañana ya no te dolerá, verás.

La chica de pelo rizado, y mechones dorados se lleva las manos a su boca y suavemente lame las laceraciones y los verdugones. Limpiando con su saliva las heridas. William permanece como hechizado. Al cabo retira las manos como si las hubiera metido en un caldero de agua hirviendo y sube a toda prisa las escaleras hasta la segunda planta donde se encuentra la clase. Aún queda un rato hasta que suban todos. Se mira las manos, se limpia la saliva restregando sus manos en la ropa. Después se las lleva a la nariz y las huele. Penny es la hija del alguacil, casi nunca le habla, sobre todo después de que su hermano Tommy y él se pegaran el mes pasado. Mira hacia la puerta, no hay nadie. Se lleva la punta de los dedos a la boca y los besa.

Agitado por un relámpago se acerca a la dura mesa del profesor, oscura y renegrida. Coge un trapo y borra de la pizarra los versos ñoños del maestro, esos malditos versos que hora tras hora les obliga a recitar.

Toma la tiza, la contempla por un instante. Cierra los ojos. En la noche de su mente, un balcón y una niña esperan suspirando la llegada del amor. Escribe:

*Con ligeras alas de amor franquéé estos muros, pues no  
hay cerca de piedra capaz de atajar el amor; y lo que el amor  
puede hacer, aquello el amor se atreve a intentar.*

*¡Ay Penny, más peligro hallo en tus ojos que en veinte  
espadas!*

Ha finalizado el tiempo del recreo almuerzo. Los niños suben con cansino paso hacia la habitación de torturadoras horas latinas. En mitad de la

habitación William, sonrío, en sus manos una tiza. Al llegar el maestro se la muestra en alto, como si fuera una espada. Los alumnos más aventajados leen las palabras de la pizarra en voz alta, Penny se sonroja y siente como sus piernas flaquean. El maestro lanza una terrible maldición y precipitándose hacia William lo agarra por los cabellos y lo arrastra escaleras abajo.

El resto de las niñas hacen coro con Penny arremolinadas en risas coquetas, Penny es incapaz de retirar la mirada de la pizarra. Su hermano aprieta los puños y sólo piensa en la venganza ante lo que considera un insulto. El resto de muchachos lo envalentonan para que le dé una paliza a «ese entrometido y extraño William Shakespeare».